

Alerce

Año 9, N° 77, enero de 2021. Sociedad de Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Stella Corvalán, la bella estatura del verso cincelado

Nacida en Talca, Stella Corvalán Vega (1913-1994) es una de las más potentes voces femeninas de la poesía chilena del siglo XX. Tras debutar con *Sombra en el aire*, poemario publicado en Argentina en 1940, el elogio de la crítica no se hizo esperar, y a ese título le siguieron obras como *Palabras* (1943), *Responso de mi sangre* (1950), *La luna rota* (1957) y *Jardín de piedra* (1959), entre otras, editadas en Chile, Uruguay, España y Francia. Sus estrofas, dueñas de una fuerza musical notable, cultivan un amplio registro, donde el versículo y el verso clásico se alternan en un diálogo en que confluyen el poderoso recuerdo y la aguda inquietud existencial. Presentamos aquí una selección de su emblemática *Sinfonía de la angustia* (1955), pieza en la cual Giovanni Papini constató una aspiración “hacia el cielo perfecto, que solamente halla consuelo entre los dos grandes brazos de la columnata de Bernini”. Asimismo, en la imagen rescatamos el busto que de la poeta hiciera el destacado escultor polaco Michael Paszyn, en 1954.

SINFONÍA DE LA ANGUSTIA

Preludio

Esta es la hora del más hondo grito:
han de nacer aquí, de mis acentos,
las rojas llamaradas que levanten
el universo de mi pensamiento.
Pausa de medianoche:
dentro, impera la angustia;
afuera va la vida
repartiendo sus ásperos disfraces

por entre las inquietas muchedumbres.
En torno de mi voz, solo la sombra;
yo no quiero que escuchen mi secreto,
mi secreto de hiel.

Hoy gritaré al silencio
que ando orlada de muertes,
apretada de sed,
de una sed que no cabe en fuente alguna,
de una sed pavorosa de creer, de soñar,
de anhelar un arroyo pequeño y cantarino,
una almohada ligera de caricias,
un hijo que se prenda a mis rodillas
como un rosado brote.

Quiero decir a estas paredes mudas
todo lo que aguardé;
lo que poseo ahora, que es plenitud y es luto,
que es hontanar y es sed.
En retazos de cielo e ignominia,
voy cruzando, empujada por calendarios raudos,
entre humildes esquinas,
frente a mansiones claras o recatadas chozas.
Dentro de mí hay un grito, una canción y un rezo;
nadie -paredes rotas de silencio- aún los despertó.
Viven amortajados, tapiados en mi voz,
y un carnaval de mentirosas luces
desde cada fulgor les dice adiós.

Amé. Quince años cupieron íntegros
en una mirada fría y en una palabra terca,
seca de mieles e hinojo.
La vida ensanchó la ronda
Y me empujó a su vaivén.
De cada cabello suave,
del ademán más pueril,
nació un amor venturoso, diáfano, bronco, celoso.
Pero ya en mis calendarios oscuros vientos corrían,
vientos de hiel y de nieve;
y entre consignas cabales y entre alfabetos ocultos,
tensa, expectante, crucé.
Convulsos rostros cayeron en las lunas de mi afán.
Se me ahondó la mirada,
por devolverles la paz, me florecieron las manos.

Cada vez estoy más sola:
siempre voy absorta y fija
tras solares que señalan a mi ansia
sus reflejos inasibles.
Pero un niño es el milagro
porque siento que su gracia me retiene;
su pureza deletrea mis secretos
y su luz me cierra el paso.
Esta angustia de tener la mente presa
en perdidos horizontes,
solo cesa cuando al borde de una ruta
oigo a un niño que me nombra,
que devuelve con sus risas transparentes
el sosiego de mi planta, la coraza de mi ensueño.

Furias rotas, pulso ciego,
Bofetada de delirio. Una boca
fue insultando mi silencio.
Bautizada de impudicia por mi entrega
de horizontes,
Abrí pétalos oscuros de furiosa
rebeldía,
Me vestí de una callada certidumbre.
Pero fue solo un instante;
los perdones deslizaron su furtivo
terciopelo
por mi borde dolorido.

Y otra vez fui linfa clara para dar mi acento ciego
y entregar panales densos con ligeros y sonrientes
ademanos.
Nada encrespa de fatiga mis ofrendas cotidianas.
Doy racimos de mi alma con la misma astucia
ingenua
del arroyo que entre música extendida se desangra.
Me sumerjo en las pasiones y soy Job y soy Bautista,
soy la luz y soy la herida,
toda flor y toda estiércol,
toda sombra y toda lumbre.
Dobla el trino en mis auroras
sus puntillas irisadas. Muere el loto y la crisálida,
rasga el trébol sus cuatro almas.
Por los aires que respiro va un silencio enloquecido
demarcando el alborozo
con sus manos inclementes.
Soy el ímpetu sin nombre, la sedosa criatura
que adereza de nostalgia sus perfiles de futuro,
el contorno de su errancia.

En las plazas solitarias,
donde un pájaro persigue paraísos invisibles
con su aguda hechicería de canciones y de alas,
yo me entrego a la limosna de unos días
rezagados en el fondo de mi sombra.
Y los cuento y los recuento
y en febriles escarceos traigo fechas ya maduras,
mezclo nombres, digo muerte
y me enredo en el pasado como en mustias telarañas.
Soy mi voz y soy mi grito,
soy mi gozo y soy mi lágrima.
¿Qué poderes escondidos me sostienen y me
empujan,
Me levantan y me hunden,
me socavan y me rasgan?

Toda ofrenda me fue dada. Lunas nuevas
me entregaron su guirnalda silenciosa.
Vino el trino con su séquito de luces,
trajo el aire su recado de frescura,
y la lumbre del ensueño
me ciñó con suave llama. Pero nada me contuvo
esta sed interminable, que no apaga en fuente
humana
su codicia transparente.
Busco un goce que no tenga amarradura de pasiones,
alfabetos intrincados de mi sangre
su liviana curva de alas deletrean.
Voy con cieno y con estrellas levantando mundos
nuevos.
Hay un gnomo y una bruja
Sosteniendo mi horizonte desvelado.

Guardo un día en el arcón de mi memoria,
empolvado por edades.
Me devuelve risa y goce cuando en ímpetus azules
Lo levanto del letargo.
¡Ah!, qué tarde tan hermosa.
Ni una sombra deslizaba su imprudente mancha
oscura
en mis cielos transparentes por la gracia del conjuro.
Era niña, dulce niña de leyenda, porque había
en mi juego una camelia, y a su sombra enarbolada
yo aguardaba mi destino con pueril arrobamiento,
como miro estar suspensas,
en liviana hechicería, esas niñas desteñidas
por el cruce de los años
que se ven en los grabados de los álbumes antiguos,
sosteniendo en manos lívidas la pureza de un
capullo.
Yo era suave como un nido, era limpia como un
cactus,
y tenía en la mirada esta absorta lumbre quieta
que hoy conduce mi destino
por abismos incesantes.
Nada tuve en esa tarde que recuerdan mis diez años
sino un árbol que en paternas frases verdes
me entregaba sus consejos y sus frutos.
Y un clamor de no-me-olvides,
y un delirio de colores.
Y en sutil abecedario de latidos
navegaban mis candores, como en mar azucarado
de canciones y de goces.
Nada más en esa tarde



que una niña bajo un árbol, que unas nubes y un silencio,
que unas risas cristalinas
y un capullo entre los dedos.
Nada más. Pero el recuerdo, claro, pleno, fresco y tierno,
vive dentro de mi mente.
Lo levanto entre mis manos como un hijo, como un canto,
como un rezo, como un grito.

Otra tarde surge ahora de mis años apagados.
Fue en septiembre,
cuando el aire trae flores en sus bordes,
cuando hay ritmos y perfumes en el cuerpo,
cuando un trino y un suspiro dan la pauta
y si caen los silencios son apenas tenues copos,
son dibujos caprichosos de un encaje.
Yo... tenía la segura avidez de los veinte años.
Se prendían en mi boca jubilosa las promesas,
los murmullos, las estrofas y los himnos.
Con su vara de milagros, el amor trocaba todo
y me ungía poderosa,
cuando el hombre que yo amaba
me prendía en la ferviente
atadura de su abrazo.
¡Quién pudiera, solamente con silencios,
revivir la historia pura
de esa tarde inolvidada!
Unos golpes pequeñitos, golpes tiernos,
En la puerta florecida
y después la euforia simple de unas voces varoniles
que trenzaron las hojillas verdiclaras
en mi cándido arrebatado.
Era todo tan sencillo, tan completo,
tan intacto, que aún recuerdo
la sonrisa complacida de las cosas,
la madera enternecida del armario,
la pizarra donde había logaritmos...
Las palmeras, empinadas desde afuera
con sus cofias puntiagudas,
parecían niñas verdes y curiosas
recreándose en la fiesta de dos seres que se amaban.

Mi exaltación inscrita va a su margen
y mi acento al nombrarla es como un puente
que me la trae guarnecida en ascuas,
con arabescos de rocío el flanco,
calentada en el sol de muchos seres.
Hablo de su perpetua realeza
que se da en patria de los que la buscan,
con una tibia placidez de madre,

con una blanda sumisión de hija.
Todas las latitudes se ampararon
en el regazo de esta madre fértil
que divide sus frutos y sus mieles
y es claro surco y manantial perenne.
Yo sé del hondo cauce que ella brinda,
del latido de amor, del ancho estuario
que abre su entraña y su caudal bifurca.
Es florido jardín frente al Atlántico,
amplio balcón que al mundo le sonrío.
La luz resbala su fulgor de astros
Por las ciudades que, al unirse, forman
una constelación de gemas vivas.
Mendoza afirma su linaje altivo,
apoyándose al pecho de los Andes;
Tucumán, Córdoba y La Plata entregan
al cielo abierto su collar de sueños,
y Buenos Aires clava el hemisferio
con la aguja dorada de su fama.

Ciudad donde la vida es ritmo ágil
del sano empeño la encendida fragua;
trazadora de rutas infinitas,
ánfora eterna del empuje ciego
que en anchas realidades se derrama.
Es la doncella del milagro bíblico
que hizo brotar del fondo de la piedra
una canción en verdes tutelares.
Las pujanzas, el brío, la grandeza,
han hecho en Buenos Aires solar claro
y el lenguaje del músculo se vuelca
en la sonrisa erguida de sus plazas,
en el júbilo abierto de sus fábricas.

Mi exaltación inscrita va a su margen
y hoy, al conjuro de mi voz serena,
la he sentido llegar, entre ganados,
suelta la trenza de su Pampa inmóvil,
incandescente en su ternura virgen.

Stella Corvalán

El día que conocí a Jorge Luis Borges

La calle Florida tiene olor a sol de mediodía, sabor a café en granos, tiene color a oro bruñido en los escaparates, a pizzas y raviolos con tuco. La calle Florida tiene aroma a ginebra en vasos chicos y a elegantes galerías comerciales que esconden acuarios con horribles peces prehistóricos; peces ciegos de las profundidades que nadan en espiral buscando el corazón del tiempo, peces de escamas negras que flotan en interminables trayectos hacia la nada. La calle Florida tiene un son de tacones altos y bellas mujeres que miran de frente, que ignoran mi triste piropo de exiliado, mi susurrado piropo vergonzoso, mi piropo chileno, que más que piropo es una aspiración bucal, una frase enclenque, inconclusa, apocada, temblorosa “shshshshs, cosita rica”. Pero las hermosas mujeres de la calle Florida lo desprecian, lo menosprecian, lo dejan pasar con la brisa, acostumbradas como están, al fino cortejo del porteño; a ese

culto nacional de “salir a levantar minitas por Florida”. shshshshs -con los labios apretados-cosiiiiitarrriiica. Y nada.

La calle Florida tiene confiterías con olor a leche caliente, a pan de dulce y dulce de leche, a medialunas crujientes, a caramelos de anís, a ancianitas que fueron niñas, y que ríen, conversan, comen sus facturas que dejan la huella sutil de la manteca en los paladares. Eso pienso, creo, imagino, mientras miro mi andar de exiliado en las vidrieras, mientras paso, cruzo, camino por el mediodía de la calle Florida.

La calle Florida tiene antiguos cafés, con mesas de madera opaca y sillas de respaldos semicirculares donde, quizás, Gardel afirmó antiguas lunas, donde Troilo conversó con los gatos de la noche, donde Cortázar soñaba con señoritas de París y Piazzola lucía medio melón en la cabeza. Allí, una muchacha escribe poemas en un cuaderno de caligrafía; un porteño elegante lee Clarín; un joven rumbea por las páginas de *Sobre Héroe*s y *Tumbas*, perdido de amor por Alejandra que, pronto, llegará a pedir un capuchino. Eso pienso, imagino, creo.

La calle Florida tiene puestos con flores donde bailotean los colores bajo el sol del mediodía: gladiolos, crisantemos, rosas de Francia, nomeolvides, clavel del aire, que, por la tarde harán suspirar a una jovencita triste que hundirá el rostro entre los pétalos y pensará en la muerte. Eso creo, pienso, imagino.

La calle Florida tiene...La calle Florida...La calle...Y de pronto, a mi lado, un ciego, apoyado en un bastón y en una joven enigmática, camina lento bajo el sol del mediodía. El ciego susurra breves palabras y el rostro oriental de la mujer, sonrío. Lo miro. Es Borges. ¡Es Jorge Luis Borges! Quedo paralogizado bajo el sol de la calle Florida. Es el Borges del *Aleph*, de *Fervor de Buenos Aires*, de *Cuaderno San Martín*, de los *Conjurados*, de *Historia universal de la infamia*, de *El Libro de arena*, de *El tamaño de mi esperanza*. Lo sigo. Lo miro. Sí, es él. Es Borges. Me pongo azulado a su lado. Camina lento el ciego. Como si se internara en laberintos ciegos, en pasillos circulares de bibliotecas oscuras. Como si recordara todas las cifras, todas las edades, todos los enigmas. Camina lento el ciego y yo a un lado, la mujer al otro. Bajo el cráneo raleado y las sienas canosas están todos los lenguajes, todos los mapas, todas las brújulas, los relojes de arena y las infinitas jugadas del ajedrez. Están los atlas, las enciclopedias británicas, los diccionarios, las cábalas, las profecías. Camina lento el ciego, conversando con Carlyle y con Heráclito, con Conrad e Isidoro Acevedo, con Pierre Menard y Chesterton y Kafka, y Whitman, y Joyce, y algún compadrito de arrabal. Eso pienso, imagino, creo.

Por la calle Florida, camino junto al hombre que dijo que los espejos y la cópula eran abominables porque multiplicaban el número de los hombres. Quise decirle quién era el intruso que lo seguía. Pero ni siquiera me miró. Y si me hubiese mirado, no me habría visto. Yo no estaba en el *Aleph*. Quise decirle que había escrito un poema en un campo de prisioneros enclavado en el desierto más inhóspito del planeta. Pero él, que había visto el alba y la tarde, los tigres y los émbolos, los bisontes y las marejadas, que había visto a un tiempo, cada letra de cada página, y caballos de crines arremolinadas, y el engranaje del amor y la violencia, y todas las hormigas de la tierra, ni siquiera me miró. Yo no estaba en esa esfera donde estaban todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos.

Cuando Borges, Jorge Luis Borges se perdió entre el tumulto ciudadano, quedé bajo el sol de la calle Florida rumiando unos viejos versos escritos en prisión: “Cuando se haga familiar el paisaje y reconozca la calle el eco de mis pasos...”

Rolando Rojo Redolés



A la izquierda: Sergio Martínez. Poema ausente (2019).

